

El esplendor de la Verdad¹

Una respuesta sencilla y profunda

1. Un judío piadoso que quisiese vivir bien la ley moral en tiempos de Jesús, lo tenía francamente difícil. Había que cumplir la fabulosa cantidad de 613 mandamientos². Lo cual con frecuencia implicaba dos cosas: o bien el desánimo de quien se sentía incapaz de sobrellevar esa abrumadora carga; o bien, una permanente angustia, al experimentar que cuando no se fallaba en uno, se fallaba en otro de esos preceptos.

Como acabamos de escuchar, y para nuestra tranquilidad, Cristo simplifica maravillosamente las cosas. Toda la ley y los profetas se reducen a un doble mandamiento, el amor a Dios y el amor al prójimo. Es más, a uno solo: amar. En las últimas dos homilías dominicales, hemos abordado algunas de las exigencias del amor fraterno. Hoy dedicaremos nuestra reflexión al amor de Dios. Sobre todo, lo que implica positivamente.

En su respuesta al planteamiento del doctor de la ley, el Señor acude a uno de los textos más apreciados de la tradición bíblica hebrea: Deuteronomio 6, 5. La base de la bella oración que los judíos observantes siguen rezando hasta el día de hoy: *Shemá Israel* (Escucha Israel). “*Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y primero de los mandamientos*”³. Jesús nos enseña que un buen hijo de Dios no se puede conformar con evitar las ofensas, sino que ha de ir mucho más lejos. El temor filial nos debe llevar de la mano a complacer a Dios, a darle alegrías, agradecerle sus dones y muchas cosas más.

Un buen comienzo

2. Pero, nos podríamos preguntar, ¿por dónde empezar?, ¿qué pasos tengo que dar para alcanzar esa alta meta? La respuesta es clara. En primer lugar ser conscientes de que, como dice san Juan,⁴ Dios nos amó primero. Y nos lo demostró enviando a su Hijo para nuestra salvación. Así, paladeando esa gozosa realidad, será más fácil corresponder.

Santo Tomás enseñaba: *Ninguna prueba del amor divino es en efecto tan patente, como el que Dios, creador de todas las cosas, se hiciera criatura; que Nuestro Señor se hiciera hermano nuestro; que el Hijo de Dios se hiciera hijo del hombre*⁵.

Los nuevos ídolos

3. Ahora bien, aun siendo muy fuerte este punto de partida, la condición humana es tan débil que se apega con desorden a muchas cosas en la vida. Esos *ídolos* a los que

¹ Homilía en el XXX domingo del tiempo ordinario, ciclo A.

² Cfr. *Sagrada Biblia, Comentario*, Facultad de Teología, Universidad de Navarra.

³ Evangelio, *Mateo* 22, 34-40.

⁴ Cfr. *1 Juan* 4, 19.

⁵ Santo Tomás de Aquino, *Exposición sobre el Símbolo de los Apóstoles*, 1, cap. 59.

reiteradamente se refiere san Pablo en sus epístolas⁶. Tal vez hoy día no sean ídolos de piedra como lo que veneraban los tesalonicenses o los efesios, o los aztecas o los mayas, pero evidentemente no son menos reales. Puede tratarse de la búsqueda del éxito profesional o económico, como meta suprema de la vida; o alguna afición artística o deportiva que se desorbita convirtiéndose en una obsesión; o del afán de placer, que tantas veces nos ciega y encadena, bien sea por la comida, la bebida o el sexo desenfocado. Si Dios no está realmente en el centro de nuestra vida, los diversos espejismos de este mundo pueden indebidamente ocupar su lugar, con la trágica frustración que, más tarde o más temprano, siempre producen.

“*Con toda tu mente*”

4. Quisiera destacar de la respuesta del Señor, especialmente el último punto, amar *con toda tu mente*. Un buen armazón de ideas, una adecuada formación doctrinal, nos podría ayudar mucho cuando nuestras pasiones desordenadas, fascinadas por los atractivos del mundo, nos quieran engañar y arrastrar por donde no nos conviene.

Coincido con la fuerte denuncia que recientemente hacía Mons. Barron, joven obispo norteamericano, del llamado *catolicismo beige* tan frecuente en algunos sectores de la Iglesia de nuestros días: *Un catolicismo blando, que se disculpa constantemente, inseguro de sí, que titubea, que se acomoda, que camufla sus colores en un tono beige para no distinguirse de otras religiones, ni del resto de la cultura*⁷. Es evidente que una religión así, sentimental, superficial, incoherente, simplona... no nos ofrece los resortes imprescindibles para resistir a las perversas seducciones del mal.

Nos encontramos muy frecuentemente con una verdadera *crisis de sentido*. Son tantas, y tan fragmentarias e inconexas, las opciones que ofrecen las ciencias al hombre de hoy, que lo dejan casi siempre perplejo y confundido. Y, en consecuencia, más vulnerable a los bajos impulsos de su naturaleza caída. Hay que recuperar de modo urgente *la dimensión sapiencial de la existencia*. Hay que insistir, ante todo, en la capacidad humana de conocer la verdad que está en lo más profundo de nuestro ser. Lo que puede conseguirse, junto con una buena filosofía, leyendo atentamente el Evangelio de Cristo. No tengamos miedo a profundizar en ese conocimiento, ¡al contrario! Acometámoslo con decisión y esperanza.

Hace unos días, leí en la prensa una luminosa sentencia de Winston Churchill: *Valentía es lo que se necesita para levantarse y hablar, pero también es lo que se requiere para sentarse y escuchar. Yo añadiría, y para estudiar*. Si queremos de verdad vivir en la *libertad gloriosa de los hijos de Dios*⁸, no tenemos más remedio que tomarnos en serio la teología moral cristiana. Esa suave y esplendorosa verdad que se desprende de las palabras de Jesús, nuestro Salvador.

Miremos con atención el ejemplo de los santos. También de los santos de nuestros días. Lo apuntaba san Juan Pablo II en un importante documento de su Magisterio: *La vida*

⁶ Cfr. segunda lectura, *1 Tesalonicenses*, 1, 9-10.

⁷ R. Barron, *Encender fuego en la tierra*, p. 102.

⁸ *Romanos* 8, 21.

de santidad que resplandece en tantos miembros del pueblo de Dios, frecuentemente humildes y escondidos a los ojos de los hombres, es el camino más simple y fascinante en el que se nos concede percibir la belleza de la verdad y la fuerza liberadora del amor de Dios⁹.

Nadie con una existencia más libre y más plena que la Virgen Nuestra Señora, asiento de la Sabiduría. ¡Tratémosla!

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 25 de octubre de 2020.

⁹ San Juan Pablo II, *Veritatis splendor*, n. 107.